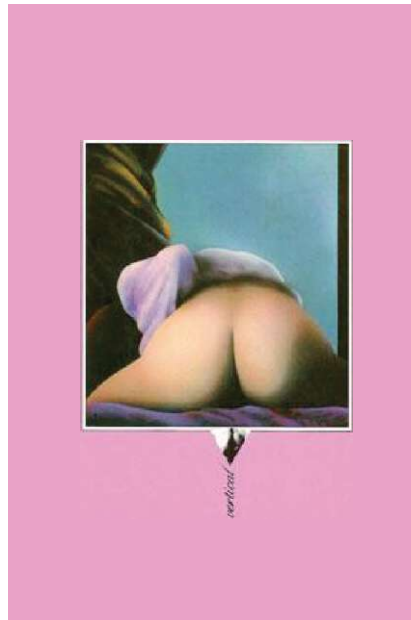


MARCELO BIRMAJER



ESO NO

La sonrisa vertical, 123

Esta obra fue declarada finalista del XXV Premio La Sonrisa Vertical (febrero de 2003) por un jurado compuesto por Luis García Berlanga, Rafael Conté, Almudena Grandes, Juan Marsé, Eduardo Mendicutti, y Beatriz de Moura en representación de Tusquets Editores.

1.ra edición: diciembre 2003

Marcelo Birmajer, 2003

Diseño de la colección: Clotet-Tusquets

Diseño de la cubierta: BM

Reservados todos los derechos de esta edición para

Tusquets Editores, S.A. - Cesare Cantù, 8 - 08023 Barcelona

www.tusquets-editores.es

ISBN: 84-8310-929-8

Depósito legal: B. 44.101-2003

Fotocomposición: Foinsa, S.A. - Passatge Gaiolá, 13-15 - 08013 Barcelona

Impreso sobre papel Goxua de Papelera del Leizarán - Guipúzcoa

Impresión: A & M Gráfico, S.L.

Encuademación: Reinbook, S.L.

Impreso en España

ÍNDICE

Sólo ciertos enigmas (Un cuento policial).....	5
Kausus (La máquina del tiempo).....	29
Eso no (Diario íntimo de un hombre casado).....	54
Ana Laura (Un relato de terror).....	77
El origen de los silencios (Una <i>nouvelle</i> de espías).....	95
La profesora de Lengua (Una versión de <i>La Cenicienta</i>).....	110

Para Pandora, secretamente

Sólo ciertos enigmas

1

Cuando el señor Tures me dijo que su esposa no se dejaba dar por el culo, lo primero que le pedí fue que se bajara los pantalones. No le extrañó la exigencia, pues quien ingresa a mi despacho tiene claro que, sin ver las evidencias, no puedo resolver caso alguno. El motivo por el que le pedía que se desvistiera de cintura para abajo era comprobar el tamaño de su miembro, puesto que su esposa, aunque no aducía las causas, podía estar temiendo, en silencio, que un tamaño desproporcionado le rompiera el ano o le provocara más perjuicio que goce. El pedazo del señor Tures, al menos en descanso, no ameritaba un temor de tal naturaleza.

Si bien es cierto que yo necesitaba atisbar los genitales del señor Tures, no era menos cierto que, por mi espejo secreto, al que ningún cliente tiene acceso, podía apreciar también las nalgas de mi nuevo y furtivo empleador. Tenía un culo redondo y lampiño. Siempre me había negado a las muchas ofertas para penetrar anos masculinos, pero debido al incremento de las mismas en los últimos meses, decidí que, de aceptar alguna vez semejante proposición —dado el cambio ontológico que significará para mi vida—, elegiría el mejor culo que hombre alguno pueda proporcionarme. Pensaba hacerlo una sola vez, y ésa debía ser, por única, la mejor comparada con todas las ofertas que me hiciesen. Reconozco que miré durante mucho más tiempo de lo que hubiera querido el culo casi femenino de mi pobre cliente, al punto que éste me llamó la atención, creyendo que me había distraído.

—¿Entiende lo que le digo? —preguntó—. Estoy desesperado. El otro día, mientras dormíamos pegados (mi pene entre sus nalgas),

su ano, en un acto reflejo, se abrió y cerró en un segundo, llamando desesperadamente. Le abrí las nalgas, acerqué la verga lo más que pude a ese ano ansioso, humedecí mi dedo en la saliva que me colmaba la boca y traté de entrar.

El señor Tures calló, con el rostro crispado por la frustración.

—¿Y entonces?

—Y entonces despertó —siguió Tures angustiado—. El culo se le cerró como la cueva de Alí Baba cuando uno no conoce el «Ábrete, sésamo», ella se dio vuelta y me dijo que no la molestara.

—¿Y usted?

—Esperé a que volviera a dormirse. Ocupé la misma posición. El ano, como una luz intermitente que se expresara en clave Morse, volvió a abrirse y a cerrarse cual la boca ínfima del animal más sensual de la Tierra. Esta vez fui más osado, pero menos comprometido: me embadurné el dedo con un aceite de bayas que tenemos en casa y lo introduje lentamente, pasé de la uña y llegué casi hasta los segundos nudillos de los dedos. Escuché un gemido y el ano se cerró como una compuerta eléctrica. Noté tal apretón que, asustado, retiré el dedo, con tal brusquedad que la desperté. Ella se

volvió hacia mí, desconcertada, y, sin mencionar siquiera lo que yo le había hecho, como si una pesadilla la hubiera despertado, salió de la cama.

»"¿Adónde vas?", le pregunté.

»"Al baño", respondió sin aparentar molestia.

»Esperé a que entrara al baño y la observé por la cerradura. Espié su placer. Supuse que tal vez la excitación la había enardecido sin que ella misma lo supiera, y acuné la loca fantasía de que quizás se dirigiera al baño para lubricarse con el aceite corporal que siempre tiene en la bañera. Pero no hizo más que sentarse en el retrete, demostrando un placer desconocido en su rostro celestial. Apenas tuve tiempo de correr a la cama y, para que no descubriera mi repudiable fisgoneo, de tapar con la sábana mi erección.

—¿Es bella su mujer?

—¿Bella? Es la misma Afrodita —contestó el señor Tures sacando una foto del bolsillo interior de su saco y mostrándome a una señora de unos cuarenta años con un rostro que era una mezcla del de Isabella Rossellini y el de Nastassja Kinski. Llevaba una camisola violeta, detrás de la que se veían unos pechos moderados que anunciaban, como en muchas mujeres carentes de grandes volúmenes delanteros, un culo antológico.

—Voy a necesitar ver su culo —dije.

El señor Tures, muy a regañadientes y completamente de improviso, se volvió, dándome la espalda, aún con los pantalones bajados.

—No el de usted —le mentí, en cierta forma—, sino el de su esposa. Tome algunas fotos del culo de su mujer: nalgas y ano. Cada nalga por separado, y una foto del ano con las dos nalgas abiertas.

—¿Cómo hago? —preguntó Tures.

—Es su problema. Fotografiela mientras duerma, o dígale que, si no le da el culo, al menos se lo deje fotografiar para poder masturbarse. Invente algo; pero si no me consigue la foto del culo de su esposa, estaré a ciegas.

—Cuenta con eso —aseguró Tures subiéndose los pantalones.

Debo confesar que le hubiera mirado el culo un poco más. Pero el trabajo es el trabajo.

2

Tenía la dirección de la casa y los lugares de trabajo y esparcimiento de la señora Tures; y, mucho antes de que su esposo trajera las fotos de sus nalgas, ya estaba siguiéndola.

En el *shopping* de la calle Corrientes vi por primera vez su culo en movimiento. Pensé en abandonar el caso. Aquel culo, en su pollera de satén, era un afrodisíaco superior a mis fuerzas.

Envidiaba al señor Tures únicamente por el hecho de poder verlo desnudo, por sentir las contracciones de su ano, aunque sólo fuera cerca de la verga; por haber podido tocarlo, chuparlo. Yo hubiera pasado el resto de mi vida masturbándome con esa visión e, incluso, resignándome a no penetrarlo, con tal de no separarme nunca de aquellas nalgas carniceras.

Pero la seguí como otro de los tantos transeúntes impotentes que la miraban pasar con furia contenida, sofocando el deseo de sugerirle que se sentara en cuclillas sobre sus rostros, dejando el mínimo espacio para poder apreciar sus cavernas de fuego pero no tan lejos como para perder la suave brisa quieta de sus nalgas, de ofrecerle sus vergas como consuelo —porque la belleza siempre lo precisa—, sus dedos como aliciente.

«Señora Tures», quería decirle, «comprendo que usted no quiera darle el culo a un infeliz como su marido, pero le prometo que mi verga se tornará bella y buena para usted; le abriré el orto como si se tratara de una puerta recién fabricada: dócil, engrasada, sin más ruido que el de un artefacto que funciona a la perfección. Señora Tures, déjeme hacerle el culo o me muero.»

Sin embargo, si no hubiera respetado mi ética detectivesca, hoy por hoy no sólo no podría hacerle el culo a la señora Tures, sino que estaría muerto de hambre y sería despreciado incluso por las mujeres —no tan bellas como la señora Tures— que aceptaban mamármela, sobármela y en muchas ocasiones, aunque muchas menos de las que quisiera, me ofrecían sus culos frescos, recién lavados, como pequeños diablos que no tuvieran otro sitio donde recibirme.

Era el culo de la esposa de un cliente: dos mullidos almohadones sagrados y un agujero viscoso y voraz, que no tragaría un pedazo de mí en esta vida. Maldije mi trabajo y me perdí en la boca del subte que sale directamente de aquel centro de compras.

3

Al día siguiente de haber atisbado el culo de la señora Tures en los pasillos del *shopping*, llegué a mi estudio no más temprano de lo habitual y encontré al señor Tures aguardándome con un sobre de papel marrón claro en las manos. Lo hice pasar, dejó el sobre encima de mi escritorio y dijo:

—El culo de mi señora.

Asentí en silencio y miré el sobre sin abrirlo.

—¿Necesita que me baje otra vez los pantalones? —añadió con voz serena el señor Tures.

—No, gracias.

—Es que hoy la tengo parada —me dijo—. Quizás le sirva verla en ese estado.

—Tengo la suficiente experiencia como para poder predecir los resultados. Pero ¿a qué se debe que esté empinado?

—Acabo de revelar las fotos, y entre lo que me imaginaba que podía pensar el dueño de la casa de fotografías y la sola mirada al culo de mi mujer, se me puso como un hierro caliente.

—Pues vaya a desfogarse a su casa —le dije—. O páguese una puta que se deje dar por culo. Lo llamaré cuando tenga noticias.

—Estoy cansado de cogermela a una dominicana que tiene el culo de una leona —se quejó cuando ya se iba, con la puerta ya medio cerrada—. Lo que quiero es que usted me ayude a rompérselo a mi esposa.

—No sé si podremos llegar a tanto, señor Tures. Además, yo no hablaría en esos términos. Pero no cobraré el resto de mi paga hasta que no le diga por qué su esposa se niega a la sodomización conyugal. Y le aseguro que cobraré el resto de mi paga.

Finalmente, el señor Tures, en parte resignado y en parte aliviado, se retiró.

Observé durante un rato el sobre, sin abrirlo, relamiéndome, imaginando los diversos efectos que tendría sobre mi libido; y cuando estaba a punto de hacerlo, golpearon a la puerta. Se presentó un tipo canijo, con barbita de psicólogo, anteojos al estilo de John Lennon y chueco. Caminaba como un pato.

—Señor Mizzen —me dijo—, estoy desesperado.

—No hace falta que me lo aclare —respondí abriendo mi botella de whisky, ya que me había impedido hacer lo propio con el sobre—. No hay otro motivo por el que alguien traspase mi puerta.

Tomó asiento sin que yo se lo ofreciera y habló antes de que se lo pidiera.

—Creo que mi esposa se la chupa a otro.

—No atiende casos de infidelidad —dije—. Sólo enigmas sexuales.

—Lo sé, lo sé —respondió pisando mis palabras—. Ocurre que no me preocuparía si ella me fuera infiel. Pero mucho me temo que se trata de un caso de adicción a la mamada. No creo que mi esposa quiera engañarme: creo que hay una circunstancia que le impide dejar de mamarle la verga a un vecino. Como una adicción.

Lo miré en silencio durante un rato. No tanto por observarlo —pertenecía a esa clase de hombres cuya personalidad se adivina al primer vistazo— como para pensar si aceptaría o no el caso.

—Póngase de pie —le pedí, y obedeció de inmediato—. Y bájese los pantalones —agregué, y lo hizo aún más rápido y sin pedir explicaciones.

Le expliqué, mientras le miraba el culo, que debía cerciorarme de que ninguna malformación genética en su pene obligaba a su mujer a mamar en casa ajena por falta de incentivo en la propia. Conocía a más de una mujer que, por no encontrar solaz en su propia cama, acudía a mamar a otros, y no por la a menudo maligna necesidad de engañar al marido, sino como un subterfugio para gozar algo de la vida sin que eso implicara traicionarlo del todo.

Presté una detenida atención al culo en mi espejo secreto. Eso me ayudaba a persuadirme de que ensancharle el culo a un hombre con mi verga nunca sería un buen negocio.

—¿Por qué sospecha usted que su esposa enreda la lengua en el glande de otro? —pregunté.

—Es un sabor que siento en su boca, los jueves por la tarde, al besarnos durante nuestro acto sexual semanal. Cuando llega al climax, suele darme besos especialmente apasionados, nuestras respiraciones se funden. Entonces siento ese olor, un olor como a genitales masculinos.

—¿Se la ha chupado su esposa a usted alguna vez?

—Pocas veces, pero con fruición.

—¿Le palpa los huevos cuando se la chupa?

—Primero me los soba, los envuelve en sus manos, y luego los aprieta con vigor. Me encanta eso.

«A mí también», quise decirle. Pero estaba ante un cliente.

—Necesitaré una foto de boca y parte superior del cuerpo desnudo de su esposa. Ponga especial cuidado en que se vean bien los pezones. Las mamadoras suelen usar los pezones para rozar el tronco del beneficiado, y hay que ver con qué cuenta su esposa.

—Lo entiendo —dijo el señor Atilio Rasputín, como se leía en la tarjeta que me extendió en ese momento.

—Ya puede subirse los pantalones —agregué.

Obedeció y salió de inmediato, temeroso de robarme más tiempo, mientras aseguraba que al día siguiente traería la foto de los labios carnosos y las tetas llenas de su señora esposa. Aunque resulte difícil de creer en un hombre experimentado, se me volvió a parar la verga. No había tenido tiempo de abrir el sobre con el culo de la señora Tures cuando entraron sin llamar. Era Nicolás, el cafetero. De un tiempo a esta parte, le ha dado por entrar sin llamar.

Es un querubín de unos veinte años, de pelo negro y un rostro siempre blanco, sin rastro de barba, que resultaría un verdadero retrato de la inocencia de no ser por ese brillo malsano que, cada vez que me mira, le nubla los ojos.

Como de costumbre, dejó caer al piso uno de los vasitos de plástico, que rodó hasta debajo de mi escritorio, y se agachó a recogerlo. Sólo así pudo percatarse de mi erección, pues yo había permanecido sentado.

—La tienes hinchada —me dijo—. Por lo menos, está hinchado el pantalón.

En cinco ocasiones anteriores, había sido mucho menos elíptico: mirándome fijamente, me había dicho que sus nalgas estaban frescas como las de una niña y que el agujero de su culo quería darle un mordiscón a mi verga.

Yo lo había rechazado, unas veces de manera destemplada, otras con una despreciativa sonrisa, y en general aguardando en silencio a que se fuera, con expresión de fatiga. Pero nunca me había tocado sufrirlo con la verga dura y unas fotos de lo que, se suponía, era el mejor culo que había tenido en años sobre mi escritorio.

Mis esperanzas fueron defraudadas: aquel culo que se escondía en el sobre de papel marrón no sólo era el mejor que había visto en años: era el más portentoso que había conocido en mi vida. Nicolás salió de debajo del escritorio y dejó el vaso de plástico encima; tuve que impedirle, con el dorso de mi mano, que me llenara el vaso de café humeante, pues antes debía ponerle mi doble medida de whisky. Entonces sí, sobre el líquido amarillo, vertió el brebaje negro.

—Ese whisky que te pones en el vaso —me dijo— no debe de ser más sabroso que tu meo: quiero probarlo. ¿No me puedes mear primero en la boca, aguantar el chorro y mearme el resto en el culo?

—No —respondí, con la verga todavía restallando, casi contradiciéndome—, déjame en paz.

—Pero en el agujero del culo, te digo, ¿eh? ¿Sabes qué lindo debe de ser ver perderse el líquido amarillo en mi agujerito marrón?

Ante mis ojos se desplegaban las nalgas y el ano de la señora Tures. Eran nalgas de caderas: de esas como dos continentes, poderosas, sólidas y, siempre paradójicamente, tan rebeldes como sumisas; esas nalgas macizas que en su consistencia llaman al intento de derrotarlas. Dos culos en uno, dos cachetes de piel de gacela, pidiendo al cazador que las obligue a hacer lo suyo: a gozar por el ano, a apretar la presa y ser presa a su vez.

Nicolás vio las fotos y volvió a agacharse. Esta vez, sin preguntar, me la tocó.

Le di un papirotazo en la cabeza; pero no en la mano, con la que Nicolás me había bajado la bragueta. Me bajó los calzoncillos con habilidad y me agarró la verga con una pericia que parecía corroborar el mito de que los mejores putos saben cómo masturbar a un hombre. El culo de la señora Tures parecía querer decirme algo. Tuve la muy poco profesional intuición de que, sólo con entender el lenguaje del culo de la foto, el caso estaría resuelto. Las nalgas querían conversar con el ano, y ambos dirigirse a mí. Siempre decían lo mismo: «Fóllame, sé el animal que entra a la caverna, regresa al Comienzo de los hombres, cuando nos tomaban sobre terrenos áridos, hazme el culo sin aceites, frota tu garrote entre los pliegues de mi vivienda, destrúyela y constrúyela: te daré un regalo desconocido». Nicolás encapulló mi verga en su boca y me masajé los huevos como un adivino. No podía apartar los ojos de la foto; de otro modo, me lo hubiera sacado de encima.

Repentinamente, el cafetero abandonó su tarea, se paró delante de mí, se quitó la camisa, se bajó los pantalones y dejó caer unas gotas de café hirviendo por su espalda. Se bajó un poco los calzoncillos y pude ver una nalgas femeninas, quizás no tan redondas como las del señor Tures, pero infinitamente más dispuestas a recibir el latigazo masculino. Las gotas de café se perdieron, disminuidas, en la raya que nace donde termina la espalda y conduce al ano.

—Me está ardiendo el culo —dijo.

—Hazte un enema con un sifón de soda —sugerí.

Unas intrépidas gotas de mi propio semen, contenidas, casi contrabandeadas, me humedecieron el glande. Nicolás comprendió que tampoco en esa ocasión le rompería el culo, y como un centinela se lanzó cuerpo a tierra bajo el escritorio por tercera vez en la mañana. Le pegué un puñetazo en la cabeza, pero su boca se mantuvo firme en mi verga; parecía una boa. Me apretujó los huevos con la fuerza exacta y le tiré del pelo, pero yo ya no sabía si era para sacarlo de allí o para terminar de vaciarme. Sin despegar la vista de las fotos, sentí mi leche entrando en su garganta, liberándome, permitiéndome una vez más despreciarlo, deseoso de que Nicolás se retirara inmediatamente. Pero ¿cuándo había sido la última vez que alguien tragaba mi leche con semejante voracidad? Adriana la escupía e Isadora ni siquiera llegaba a eso: la recibía entre los pechos porque no la quería en la boca. El puto Nicolás, en cambio, se puso de pie ante mí sin una gota entre los labios, y tampoco había dejado ninguna en el suelo.

—Cuando quieras —dijo levantándose por fin los pantalones—, me sentaré en tu pija como en un sillón reclinable. No creo que haya un ano más sucio y dispuesto que el mío. ¡Y poco usado! Serás el segundo que me lo despliega: el primero fue mi tío. Pero a él no tuve que tratar de convencerlo.

—Tu historia familiar —dije mientras le indicaba con una mano que se retirara— me resulta aún más aburrida que el bochornoso episodio que acabas de protagonizar.

Gracias por visitar este Libro Electrónico

Puedes leer la versión completa de este libro electrónico en diferentes formatos:

- HTML(Gratis / Disponible a todos los usuarios)
- PDF / TXT(Disponible a miembros V.I.P. Los miembros con una membresía básica pueden acceder hasta 5 libros electrónicos en formato PDF/TXT durante el mes.)
- Epub y Mobipocket (Exclusivos para miembros V.I.P.)

Para descargar este libro completo, tan solo seleccione el formato deseado, abajo:

